

**IMPORTANTE:**

### Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

**IMPORTANTE:**

### A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 240

50 cts.



LA  
SECRETARIA

POR  
Norma Shearer,  
Lew Cody, etc.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca  
de Catalunya

18

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 240

---

## LA SECRETARIA

Deliciosa novela interpretada por la  
distinguida NORMA SHEARER y  
los simpáticos actores LEW CODY  
y WILLARD LOUIS, entre otros.

Producción

**METRO-GOLDWYN PICTURES**

Concesionaria

**METRO-GOLDWYN CORPORATION**

Mallorca, 220, Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
**KENNETH HARLAN**

# LA SECRETARIA

Argumento de la película

## I

En los Estados Unidos, como en todas partes, aunque en ellos en mayor proporción, las mujeres que ayudan a sus familias para conducir la nave del hogar por los mares del bienestar, han formado un gremio muy simpático que allí como aquí y en todas partes se llama "de taquimecanógrafas".

Es un gremio que, como el de modistillas, se desarrolla cada día más.

Entre las monísimas taquimecas las hay capaces de quitar el juicio al más asentado gerente. Y no hablemos de las modistas...

Pero (de todo hay en la Viña del Señor), Rut Lawrence, la taquimeca de la razón social "Colman y Sloden", era más fea que un día sin pan y más ridícula que un niño "bien" sin recursos ni para un "Sidral".

Siempre era la primera en llegar a la oficina. Era excesivamente nerviosa, y rara era la vez que no se disputaba con el encargado de los ascensores de la casa en que se hallaba instalado el despacho de "Colman y Sloden".

—No cabe usted, señorita. Vaya al otro ascensor.

—Quepo perfectamente en este, y no tengo tiempo que perder.

El empleado cedía casi siempre, porque la horrorosa empleada no era de las que se callan y se resignan a esperar una ocasión para desquitarse.

Pero como poco a poco la fué conociendo todo el personal de los diversos despachos del edificio, Rut hubo de hacer frente a muchas burlas, saliéndose, empero, siempre con la suya, gracias a su energía, muy análoga a la de un varón.

Una mañana, el meritorio, que acababa de quitar el polvo a los muebles de la oficina cuando Rut entró, fijóse en su atavío y le dijo:

—Diga... ¿Cuándo nos va a dar el alegrón de presentarse aquí con otro traje? Hace un mes que no se quita ese que lleva puesto.

Rut envolvió al empleadillo en una de sus miradas de reproche, y contestóle:

—Me parece muy atrevido, hijo mío.

A poco llegaron a su puesto otras dos taquimecas y el empleado encargado de la contabilidad.

Luego llegó David Colman, el más joven de los socios de la casa, que permanecía soltero a pesar de su decidida afición al bello sexo, o tal vez a causa de ella.

Enterado de la presencia de Colman en su despacho particular, el empleado le telefoneó que su secretaria había avisado que estaba indispuesta y que no podría acudir aquel día a la oficina.

—Mándeme una cualquiera de las otras taquí-

grafas—dijo Colman, que necesitaba dictar algunas cartas.

El empleado, dirigiéndose a las tres señoritas que ocupaban ya su sitio, les transmitió el deseo del gerente.

—El señor Colman necesita que una de ustedes vaya a su despacho.

Al oír eso, Rut, con precipitación, cogió un lápiz y su cuaderno, y anticipándose a sus compañeras indicó que iba a cumplir la orden al momento.

Una de las otras dos muchachas, que también se había levantado ya para hacer lo mismo que Rut, disgustóse un tanto, y comentó con la otra:

—¡Pobrecilla! Está loca perdida por Colman, y él ni siquiera se ha dado cuenta de que ella existe.

Rut no hacía caso de la murmuración, y por ello jamás se había disputado con sus compañeras, no metiéndose en nada de ellas y no dando pie a que, al menos en su presencia, se metieran consigo.

El corazón de la fea, que era, al parecer, tan nervioso como su dueña, latía desacompañadamente a medida que ella se acercaba a Colman.

—Buenos días, señor Colman—saludó con la voz más dulce que pudo hallar.

—Buenos días—respondió Colman, sin interrumpir la lectura de unos documentos.

Rut sentóse a pocos pasos del gerente, lápiz en ristre, esperando el dictado.

—Haga el favor de tomar nota... Sres. Stevenson, Jaumandreu y Gabarró, Conservas Alimenticias, Nueva York... Muy señores nuestros... Con referencia a la entrevista que tuvimos el honor de celebrar con su señor Martínez, y a los datos remitidos por el señor Climent, aceptamos el "stock" que nos ofrecen...

Colman se detuvo. Acababa de levantar la vista de los documentos que estaba consultando, y posándola en los bajos de Rut había visto unos zapatos muy opuestos a la moda; luego había ido subiendo, y de las piernas, de pobre modelado, enfundadas en bandas y sobre éstas unas medias negras, tal vez, sino para engordarlas, para preservarlas del frío, pasó al cuerpo, y de éste, en relación con el resto, al rostro. En llegando aquí, los ojos de Colman se cerraron y volvieron a abrirse varias veces, para cerciorarse de que, en realidad, estaba delante de una mujer que no merecía tal nombre, porque le habían dado todo, cuando pequeñita, pero se habían olvidado de algo indispensable, por poco que fuese: aspecto de Eva.

Rut, ajena a la pésima impresión que estaba causando en Colman, se aplicaba, con una rapidez sorprendente, en su trabajo, deseando que éste durase el mayor rato posible, para estar junto a su adorado tormento.

Pero Colman, tan pronto hubo terminado la redacción de la carta, renunció a seguir dictando.

—Nada más, señorita.

—¿Nada más?... Bien, señor Colman... En seguida le traigo la carta escrita a máquina.

—No se apresure... No corre mucha prisa...

—Pero podría usted necesitar me otra vez... y...

Ante tal esperanza de Rut, Colman, apenas ésta hubo salido de su despacho, lo cual hizo con lentitud desesperante y no quitándole ojo hasta que la puerta, empujada consigo, no le permitió verle más, se comunicó por teléfono con el empleado principal.

—¡Que no se le ocurra a usted volver a mandarme esa muchacha!

El empleado no echaría en saco roto la observación, nada agradable, y al colgar el receptor miró a Rut, que trabajaba activamente en copiar a máquina la carta de Colman.

—Como fea, pobre chica, no tiene nada que envidiar a nadie. ¡Lástima! Como trabajadora, vale más ella sola que todas las otras juntas.

Las otras dos taquimecas, ante la afición con que Rut tecleaba en la máquina, mirábanse a hurtadillas y reíanse de sus necias pretensiones de llegar a llamar la atención de Colman.

Jaime Sloden, el socio principal de la casa, había llegado también, y después de saludar a Colman encerróse en su despacho particular, para ponerse al trabajo en seguida.

Sloden era casado, pero como no creía que el matrimonio fuera la tumba del amor, se espabilaba como podía, no dejando para mañana lo que podía hacer el día antes.

El empleado sabía desde hacía un buen momento que Sloden estaba en la oficina, pues no le dejaba en paz con sus llamadas telefónicas.

—¿No ha llegado todavía la señorita Bayne? — preguntábale el director cada minuto.

—No, señor Sloden; no ha llegado aún.

La interfecta apareció poco después en la oficina. Vestida a la última moda, con prendas de buen gusto y no escaso valor, Bayne tenía más apariencia de millonaria que de modesta empleada. Además de eso, era bonita; y su cuerpo, ágil y perfumado, era un arma poderosísima en sus manos...

Al verla, las dos taquimecas que se burlaban de Rut dijeronle a la elegante:

—¡Cómo se conoce que tenemos influencias, hija mía! Hace media hora que Sloden está preguntando por usted.

Indiferente, sentada en una mesa con *sans-façon*, ofreciendo al empleado la agradable visión de unas piernas muy requetemonas, acariciadas por sedosa envoltura, Bayne contestó:

—Déjenlo que pregunte.

—Vaya usted en seguida a verle — dijo el empleado, lamentando tener que separarla de allí, cuando precisamente Bayne había subido más la falda, mostrándole casi, casi las ligas...

La coquetuela quitóse, sin darse prisa, el amplio sombrero, arreglóse un poco el pelo a la *garçonne*, y cimbreándose como junco balanceado por

el viento dirigióse al encuentro del impaciente director.

Sloden se paseaba con los nervios desatados por su despacho.

Bayne, que se fijó en ello, fingió no haberlo advertido, y bostezando, dió los buenos días.

—¡Buenos días! — contestó Sloden—. Pero, ¿le parece a usted que estas son horas de venir a la oficina? ¿Se ha creído usted que empezamos el trabajo a la hora de ir a comer? ¡Esto no puede continuar así! ¡No puede continuar! ¿Lo oye usted?

Bayne no se inmutó. Se conservaba tan fresca como cuando entró. Acercándose más a Sloden, le prendió una flor blanca en el ojal, y aproximándole los labios a los suyos, le propuso la reconciliación.

Sloden no quería darse por vencido tan pronto, pero los labios de la coqueta eran tan melosos, que cualquiera se resistía a la invitación...

Tras un beso vino otro, y luego otro, y catorce mil más. Y no tan sólo eso, sino que Bayne, traviesa y juguetona, sabía que Sloden tenía cosquillas detrás de las orejas, y se las buscaba para verle encogerse y ponérsele la piel de gallina.

—¡Merceditas, por Dios, estáte quieta! — exclamó Sloden, poniéndose serio, porque las cosquillas le irritaban, precisamente por el motivo de que lo desarmaban completamente.

Colman, que necesitaba hablar con su socio, empujó la puerta del despacho de éste, y ¡tableau!

le sorprendió dándose el piquito con Merceditas. La escena no era recomendable a nadie que gozara de buena salud, y sugestionado por ella, Colman se detuvo a contemplarla unos momentos, sin que la pareja tuviera la menor sospecha de su presencia junto a sí. Pero considerando que de un momento a otro iba a ser descubierto, marchóse, y tosiendo ligeramente detrás de la puerta, anunciando su aparición, dió tiempo a los palomos a separarse, sentándose Merceditas en la silla de las secretarias, lápiz en ristre y cuaderno sobre sus rodillas.

Sloden, insaciable fumador, encendió otro puro, y sentado en su silla giratoria, se dispuso a dictar, para que su socio le encontrase trabajando y no pudiera sospechar absolutamente nada.

Colman entró, pues, cuando todo respiraba ingenuidad, y mostrándole unos papeles a Sloden, fijóse en que sus labios tenían un doble perfil — consecuencia de la pintura de Merceditas, que quedó donde fueron depositados sus besos—, y, fingiendo ignorar la causa, inquirió:

—¿Qué le ha pasado a usted, hombre?

Merceditas, que se dió cuenta en seguida de lo que ocurría, hizo unos signos a Sloden para que se quitase el carmín, pero el sorprendido conquistador, no dando pie con bola, seguía fumando y preguntándose el motivo de la extrañeza de su socio. Y había que verle mascar el puro...

Merceditas sonreía maliciosamente, y como

Colman contemplaba a sus anchas el bello panorama de unas piernas artísticas y tentadoras, cuya base eran dos piecitos encantadores, de esos que dan unos pasitos que invitan al seguimiento... ella aprovechaba la ocasión de ganarle, con buenas formas, para su causa, no bajándose la



... le sorprendió dándose el piquito con Merceditas.

falda, sino subiéndosela un poquito más, con el mayor disimulo, como buena estratega en lides amorosas...

Y ocurrió que Colman, creyéndose en la antecámara del paraíso, se dijo que debía empujar la puerta para penetrar en el propio edén; y así

lo hizo, confiando en que la empleadita enloquecedora se mostraría conforme a sus deseos.

—Hágame el favor de leer estos documentos — dijo a su socio — y, entretanto, ¿tiene usted inconveniente en que yo le dicte unas cartas a la señorita Bayne? Mi secretaria está indispuesta.

—Puede usted utilizarla cuanto le convenga — respondió Sloden.

—Muchas gracias... ¿Quiere usted hacer el favor, señorita Bayne, de ir a mi despacho?

—Con mucho gusto, señor Colman — dijo la coqueta, descontando la sesión de "tocografía" a que la sometería el gerente soltero.

Colman inició la partida hacia su despacho, pero antes, en tono burlón, soplóle al oído a Sloden:

—Mañana le traeré a usted un babero, para que se limpie... el chocolate...

—¿Qué supone usted, Colman?

—Nada, hombre, nada... Hasta luego...

## II

En su despacho, Colman se preparó para dictar una serie interminable de cartas. Le interesaba que Merceditas tuviera tiempo de fijarse en lo mucho que él se fijaba en ella. Unos cuantos besos mientras se trabaja y en los ratos de descanso, son un estímulo para seguir trabajando...

Como en el despacho de Sloden, Merceditas, la muy pícara, abusaba de la tentación de sus pedestales para compensar la poca habilidad que tenía en taquigrafía...

Colman, dándose cuenta inmediatamente de la lentitud de la empleada, y viendo en las miradas de ella que su especialidad no era esa, resolvió empezar el ataque, anheloso de no perder el tiempo en una forma u otra...

—Parece que la taquigrafía no es el fuerte de usted, señorita Bayne, ¿verdad?

—En efecto, señor Colman... Es más bien mi lado flaco.

—Ya... ya lo veo... Como no había tenido ocasión de llamarla...

—Claro... Como una es tan poca cosa... y las compañeras son más listas...

—No, no... Fué casualidad... Y estoy convencido de que vale usted mucho...

—¿De veras...?

—Tiene usted unos dientes perfectos...

—Muchas gracias... Yo tampoco había tenido ocasión de tratar a usted, y veo que es usted muy amable.

—La amable es usted, señorita...

—No, usted, señor Colman.

—Bueno, los dos. Eso hará que seamos buenos amigos.

—Será para mí un gran placer.

—Y para mí, porque me gustan mucho las empleadas cariñosas y de pies tan delicados co-

mo los suyos. ¡Oh! No puedo sufrir un zapato deformado o que acuse poco cuidado de su dueña.

—En una palabra, si no he oído mal: le gusto, ¿no es eso?

—Señorita...

—Me siento muy orgullosa de ello, señor Colman... y se lo agradezco mucho...

—¿Vendrá usted siempre que la llame... para dictarle cartas?

—Cuando usted guste.

Colman cantaba victoria. Merceditas era un encanto. No adelantaría mucho trabajo con ella... pero era tan simpática... tan comprensiva...

En tan interesante momento llamaron con los nudillos a la puerta del despacho.

—Adelante — dijo Colman, adoptando una posición normal.

Abrióse dicha puerta y apareció, sonriente, dichosa de volver a entrar en el gabinete de Colman, Rut, la fea entre las feas. Traía escrita a máquina la carta que le dictara, un poco antes, el gerente, y deseaba ardientemente que, ahora, le dictase otras más. Pero al ver a Merceditas tomando apuntes, la ilusa sufrió una horrible decepción, no dando de espaldas contra el suelo, porque sus nervios la sostuvieron en pie.

Depositada la carta encima de la mesa de Colman, Rut retiróse, retrocediendo, fijas sus mi-



radas en Merceditas y en el gerente, sintiendo celos de ella y muriéndose de amor por él.

Merceditas le dirigió alguna que otra mirada de burla, y Rut, que aunque era fea no se consideraba indigna de ser amada, por lo mucho que ella ansiaba querer, la midió de pies a cabeza, deteniéndose en los pies y en las pantorrillas, porque ciertamente, tenían algo que atraía...

—¡Qué descaro! — se dijo, cerrando tras sí la puerta, muy enojada.

Colman reanudó la... conversación con Merceditas; y en tanto, Rut, al volver a su máquina, era objeto de nuevas chanzas de sus compañeras.

—¡Qué cara, Rut! ¿Hay moros en la costa?

—¡Hay lo que hay, y hagan el favor de dejarme en paz!

—¡Válgame Dios, hija! Ni que la hubieran despedido.

Sloden había recibido en aquellos momentos un telegrama de un cliente de Wáshington, y desaparecido al punto el mal humor que Colman le produjera "quitándole" a Merceditas, reunióse con él, que también fingió estar ocupadísimo dictando cartas...

—Tendré que volver a Wáshington esta noche — dijo, mostrando el telegrama.

—Bien, bien... A ver si cerramos de una vez este negocio.

—Así lo espero.

—Voy a prepararlo todo para dejar listo mi trabajo atrasado, a fin de marcharme tranquilo, por si he de estar ausente unos días.

—Haga usted lo que más convenga, Sloden.

—Claro... Será preciso que usted me acompañe, señorita Bayne.

Colman hizo un gesto de desagrado. ¡El, que celebraba la partida de su socio, confiando en aprovechar su ausencia para... dictar cartas a la taquígrafa modelo!

Merceditas, en cambio, veía confirmadas las esperanzas que se había forjado al oír anunciar su viaje a Sloden, y estaba encantada.

—Le acompañaré, señor.

Colman le indicó con la mirada que le agradecería se quedara con él, para trabajar mucho juntos... pero Merceditas sabía que Sloden era generoso y estaba muy de acuerdo con el refrán de que vale más loco conocido que sabio por conocer...

De modo que Colman quedaba compuesto y sin novia...

Sloden, ocultando su satisfacción, ordenó:

—Vaya usted a poner a máquina las cartas que le haya dictado el señor Colman, y luego prepárese para salir conmigo esta noche. Si tiene usted algún trabajo encomendado y no le sea posible hacerlo, traspáselo a cualquiera de las otras empleadas.

Pero a Colman no se la pegaba su socio, por-

que ya le había visto dando "trabajo" a Merceditas, sin que ellos lo sospecharan...

La coqueta salió del despacho de Colman y regresó al en que estaban todos los empleados.

Indolentemente, sentóse, otra vez, sobre una mesa, y mirando una a una a las compañeras, les dijo, retocándose el peinado:

—No es por darles envidia, pero han de saber ustedes...

Las tres señoritas eran todo oídos.

—...que me voy a dar otro paseito a Washington.

Bruscamente, en un impulso de su corazón enamorado y temeroso, Rut preguntó:

—¿Con el señor Colman?

Sus compañeras se echaron a reír, comprendiendo el motivo de la alarma; y repuso Merceditas:

—No, Rosa Mística: con el señor Sloden.

El pecho de la fea aligeróse de un gran peso, y como lo demás no le interesaba saber, la empleada modelo prosiguió su trabajo.

Las otras dos taquimecas envidiaban la suerte de la coqueta, y si bien, entre ellas, la criticaban, íntimamente estaban persuadidas de que de ser ellas las elegidas no cabrían de satisfacción en su molde... porque en este mundo hay más pecadoras hipócritas que honestas de verdad...

—El señor Sloden la mira a usted con muy buenos ojos — comentó una de las empleadas, comparándose a Merceditas y reconociendo, mal

de su grado, que la coqueta la aventajaba en "cosas" agradables... y en aplomo.

—¡Suerte que tiene una, hijita!

—Y... viajan ustedes en el mismo compartimiento... ¿verdad? — preguntó la otra.

—Naturalmente.

—¿En... en coche... cama?

—¡Pues claro! Supongo que a ustedes tampoco les gustaría dormir en el suelo o sobre la cubierta del vagón, pongo por caso.

—Desde luego... Desde luego...

—Viajamos cómodamente, para, al llegar, poder trabajar sin sentir la fatiga del viaje en otras condiciones.

—Ya... ya...

Aquí cesó la plática general, pues el empleado, a pesar suyo, llamó al orden a Merceditas y ésta tuvo que ir a sentarse frente a su máquina, para trabajar y dejar trabajar a las otras.

Tampoco escribiendo a máquina era un lince la coqueta, y cuando sonó la hora de abandonar la oficina para la comida, llavaba escritas dos o tres cartas a lo sumo.

Rut no se ausentaba del despacho a la hora de comer. Comía allí mismo. Y también tenían que ver en ello las otras taquígrafas.

—Por no gastar, no gasta ni en comer. ¡Vaya con la niña!

Ese interés que a todo momento demostraban hacia Rut sus compañeras de oficina, no podía ser una prueba más patente de la envidia que

le tenían, no por su belleza, precisamente, pobre chica, sino porque en el trabajo no tenía rival, ni allí ni en ninguna otra parte, pues el lápiz y la máquina volaban cuando ella los manejaba.

Merceditas, el antípodo de Rut, era la última en marcharse de la oficina, no porque hubiera sido la última en llegar, sino porque Sloden tenía que decirle cuatro cositas en su despacho.

Mientras Rut descascaraba un huevo duro, para comérselo con algunos fiambres en, para ella, succulento *sandwich*, sin ocuparse de nada de lo que la rodeaba, como si estuviera sola con su escaso alimento y sus "nutritivos" pensamientos, de los que era héroe Colman, la coqueta prometía de nuevo a Sloden que no dejaría de acompañarle a Washington.

—Ya sabes que yo voy contigo hasta a la China, querido jefe.

—No te quejarás, cuando recibas la recompensa que te preparo...

—¿Qué será, esta vez?

—Un par de guantes.

—¡Chistoso! Supongo que no se te habrá olvidado que me gustaría una de esas pulseras con brillantitos...

—Ya hablaremos...

—No creo que me vayas a negar este obsequio. ¡Con lo ilusionada que estoy yo con el brazalete a que me refiero!

—Veremos, veremos...

—Dí que sí, picaronzuelo; dí que sí. ¿Verdad que sí?

Para convencerle, Merceditas recurrió a las cosquillas detrás de las orejas; y nuestro bueno de Sloden se encogió como un cuco.

—¡Pero, Merceditas, por Dios! ¿Te habrás creído que soy un gato o un conejo?

Una señora acababa de personarse en las oficinas "Colman y Sloden". No era ni joven ni vieja. Atravesaba esa edad crítica para las casadas, en que, más o menos perdidos los encantos superficiales, se convierten poco a poco, según los casos, en suegras, para llegar a la fatal consecuencia de matar las últimas esperanzas de amor en el compañero, que, no queriéndolas ya, las tolera a la fuerza, como esclavo de sus celos.

Se habrá comprendido que al hablar así nos hemos referido a una esposa. En efecto: era la de Sloden la que acababa de llegar. Ni joven ni vieja, ni guapa, ni fea: una mujer insignificante... y con genio para tres, sin incluir a su marido.

La telefonista de la casa, apenas vió a la dama, saludóla respetuosamente — le conocía el genio — y le dijo, abriéndole la puerta de los despachos interiores:

—Buenos días, señora de Sloden. Su marido está en su despacho.

La aludida entró, y al empujar la puerta del

gabinete de trabajo de su esposo, vió a Merceditas muy pegadita a él, sin besarse, como si estuvieran contemplando juntos una curiosidad.

Ni que decir tiene que los dos culpables se separaron presto para que la esposa no sospechara nada... si no lo había sospechado ya.

Reaccionando en un gran esfuerzo de voluntad, pues quedara como petrificado, Sloden pudo acercarse y decirle, abriéndole los brazos:

—¡Caramba! ¡Qué casual! Precisamente ahora estaba pensando en ti.

Merceditas, que no se había “asustado”, esperaba “órdenes”, lápiz en ristre y cuaderno con las páginas en blanco...

Para disimular, Sloden, en tono serio, dijo a su secretaria:

—Por hoy basta con eso, señorita Bayne. Procure usted escribir, tan pronto regrese de comer, esas cartas.

Merceditas asintió y marchóse, seguida con la mirada por la esposa, a la que ella, observado el minucioso examen a que la estaba sometiendo en silencio, correspondió con alguna mirada inquisitiva.

Irritada, pues estaba convencida de que una secretaria guapa no puede convenir en modo alguno a un director amable y rico, la esposa desató sus celos.

—La posición en que te encontré con esa mujercita al entrar yo aquí, no me parece muy correcta. Te vi sonreír y ella te sonreía. Es-

toy segura de que en lugar de mirar papeles, os estábais contemplando como dos estúpidos.

—Por Dios, Eduvigis, ¿cuándo sabrás traírtame como creo merecerlo? ¿Por qué desconfías tanto de mí?

—Es inútil que pretendas hacerme callar. Ya sabes que no doy crédito a tus embustes. Esa mujer es peligrosa. No hay más que mirarle las medias y el peinado. Una empleadilla no puede permitirse el lujo de sedas y las extravagancias de la última moda, si no es con intención interesada.

—Te suplico que consideres que...

—¡Nada de consideraciones! ¡Ah! La flor de todos los días. Sí, como si lo viera. Ella debe ser la que te la pone en el ojal todas las mañanas.

—¡Oh! ¡Oh! Esto pasa de castaño oscuro, Eduvigis.

—¡Es mi última palabra... o hablaré de otro modo!

—Está bien. Sé que, llevada de tus incomprensibles celos, darías un escándalo, o que toda tu familia tendría que ver en el asunto. Voy a complacerte, para ver si de esta vez para siempre te curas de esa clarividencia absurda.

Eduvigis no cedió, firme en sus trece, y Sloden mandó llamar, por teléfono, a Merceditas, que acudió sin tardanza.

—Señorita — empezó Sloden, mirándola fijamente unas veces, para suplicarle prudencia, y

otras veces con la vista fija en el suelo, al mirarle su mujer—; siento mucho tener que decirselo, pero, por razones especiales, me veo en la precisión de manifestarle que debo prescindir de sus servicios. Supongo que usted se hará cargo...

—No siga, señor Sloden. No me sorprende esto. No es la primera vez que soy víctima de los celos de una esposa ya entradita en años.

Eduvigis la devoraba con los ojos. Como contestar, no le contestó nada. Difícil le hubiera sido hacerlo. No podía de ninguna manera decirle a su rival que la echaba para que no le quitase al marido.

—Adiós, señor Sloden. Le agradezco todo lo que ha hecho usted por mí y sé que usted no tiene la culpa de lo que pasa.

Una mirada de Sloden indicó a Merceditas que ellos no se despedían, y sin importarle mucho perder el empleo, la coqueta salió del despacho mirando de modo provocativo a la celosa mujer.

De nuevo solos, los esposos continuaron la escena de celos y enojo.

—Ya estarás contenta. Me has puesto en ridículo delante de esa señorita.

—Un buen esposo no es nunca ridículo. Lo que aquí ha pasado es que tñ eres un incauto y yo he sabido defenderme.

—Te agradecería que en mis asuntos comerciales no intervinieras, para evitarnos esas tonterías que anidan en tu magín.

—Eso es. Oféndeme encima. Pues mira: te prometo que te tendré la vista encima, para que no se repita jamás la escena de hoy.

—Supongo que no pretenderás que nos enfademos de veras. Hasta aquí he sabido complacerte, y empeñarte en ir más adelante pareceme muy contraproducente.

—¿De modo que...?

—Es una observación... nada más que una observación.

—Está bien. Muy bien. Me instalaré aquí, contigo.

—¿Eh? ¿Qué dices? ¿Qué nueva ocurrencia es esa? Te quedarás en casa, y en paz.

—Ya lo veremos.

—¡Eduvigis!

—¿Qué pasa?

Colman se anunció detrás de la puerta.

Los esposos interrumpieron su disputa, apareciendo ante el socio con la sonrisa en los labios y abrazaditos.

—Buenos días, señora. ¿Cómo está usted?

—Bien, gracias, señor Colman; ¿y usted?

—Trabajando. Pero, ahora, a comer. Supongo que usted ha venido a recoger a su marido, ¿no es cierto?

—Sí, vino a recogerme. Quiere que comamos en el restaurante. Se ha encaprichado por comer "sesos", y yo aprovecharé la ocasión para comer "riñones".

—Vaya, vaya... Ustedes cada día más enamorados.

—Sí... cuando uno se quiere bien...

Sloden, que mascaba nerviosamente el puro número doce, interrumpió a su esposa y dijo a Colman, sin dar importancia a la pérdida:

—He tenido que despachar a la señorita Bayne.

—¿A la mejor "taquimecanógrafa" que tenemos? ¿Qué ocurrió, pues?

—¡Tuvo la audacia de faltar al respeto a mi esposa!

—¡Oh, eso es grave! Ha hecho usted muy bien.

Colman comprendía. Instintivamente miró los labios de Sloden, para ver si los llevaba aún con el doble perfil de antes, por efecto de nuevos besos. Sloden se fijó en el exámen, sin recelo, pues como ya sabía que la pintura acusaba sin piedad, había tenido buen cuidado de evitarla...

Pero algo encontró Colman a faltar en Sloden. ¡Ah! La flor blanca. ¿Dónde estaba? La vió en el suelo, un tanto destrozada, y adivinando la causa de su caída forzada, tuvo la ocurrencia de mortificar a su socio, recogiéndola y devolviéndosela con aire de inocencia.

—Aquí tiene usted su flor.

Inmediatamente, Eduvigis, comida de celos, volvió a quitarle a Sloden dicha flor, y otra vez cayó al suelo.

Colman continuó mortificando a Sloden:

—¿A quién se llevará usted a Wáshington para que le sirva de secretaria?

—¿Se ha de llevar una empleada consigo?

—Sí, mujer; es indispensable que tenga a mi lado a alguien que me ayude.

—¿Y era esa mal educada la que tenía que acompañarte?

—La misma. Como empleada sabía su obligación, como ya se lo has oído decir a Colman.

—Trabajadora lo era, ¡ya lo creo!

—¿Te marcharás solo, puesto que la has despedido?

—Es casi seguro, porque no creo que haya otra tan apta...

—No se preocupe, Sloden — intervino Colman. — Yo lo arreglaré todo.

—¿Usted?

—Conozco a la persona que usted necesita. Le aseguro que quedará usted contentísimo de su trabajo.

Sloden dudaba de la solución de su socio, y éste, poniendo manos a la obra en seguida, llamó al teléfono a Rut, que interrumpió su comida para acudir presurosa al aparato:

—Señorita Lawrence, la necesito a usted en el despacho del señor Sloden.

—¿A mí, señor Colman? — repuso ella, atolondrada. — Voy allá al momento.

Colgado el auricular, Colman, ocultando una sonrisa, dijo a su socio, volviendo a recoger la flor:

—La dejó usted caer otra vez.

—Gracias... Es usted muy amable...

Sloden iba a colocarse la flor en el ojal, para no dar a entender a Colman — que de sobra la entendía — la verdad; pero Eduvigis, que no dormía, se lo impidió, arrebatándosela nuevamente, y para evitar que el socio de su marido siguiera recogiendo, se la guardó, para pisotearla en la calle, al salir.

### III

Rut, con el lápiz y el cuaderno en mano, presentóse en el despacho de Sloden, más contenta que si le hubiesen anunciado un aumento de sueldo.

Al ver a los dos gerentes y a la esposa de uno de ellos, se detuvo junto a la puerta, saludó con distinción, y esperó órdenes.

Colman hizo la presentación.

—La señorita Lawrence es una empleada modelo. Difícilmente podría encontrarse una secretaria mejor para que lo acompañe a usted a Washington—dijo a Sloden.

Rut rechazaba con sonrisas y gestos de protesta, muy en consonancia con su modestia y su nerviosismo, los elogios, y sólo una sombra atrevesó su mente: el temor de que su amado la enviase con Sloden a Washington para él quedarse con Merceditas. ¡Pero no! Merceditas había sido despedida. No se lo había dicho ésta de palabra, pero sí con el ademán y algu-

na frasecita insolente contra la esposa de Sloden.

Desaparecido todo temor, Rut estaba agradecida a Colman por haberla recomendado de tan brillante modo al director, y dispuesta a portarse lo mejor posible, trabajando de día y de



*Rut rechazaba con sonrisas y gestos de protesta sus elogios...*

noche, si fuera necesario, para mostrarse digna de la recomendación.

Sloden estaba hecho una brasa por dentro, y maldecía la ocurrencia de su socio mandándole tan horrible mujer como compañera de viaje.

Por el contrario, Eduvigis mostrábase en-

cantada de la elección de Colman, pues la fealdad de Rut la ponía a cubierto de "atacar" y de ser "atacada".

Al quedar un momento solos los dos socios, Sloden no disimulaba su disgusto, por no ofrecerle ningún atractivo el viaje a Wáshington sin Merceditas y se horrorizaba sólo a la idea de tener que viajar con Rut.

Colman, que gozábase con las calamidades que le ocurrían a su socio, le dijo, conteniéndose la risa:

—Vaya, hombre; lo saqué a usted del apuro. Siempre que yo pueda servirle en algo... ya sabe que no tiene más que decírmelo. Pero ¿ha vuelto usted a perder la flor?

—¡Déjeme en paz!

—No se ponga así. Alégrese de salir de viaje con la señorita Lawrence. Es feílla, pero hay la ventaja de que su esposa no podrá sentir celos de ella.

—Hombre, es usted muy gracioso. Ya me gustaría a mí verle en mi puesto.

—No sea usted tan exigente. Le aseguro que la señorita Lawrence será la secretaria ideal para usted, amigo Sloden.

Rut iba a entrar casualmente en la salita de espera que separaba los despachos de Sloden y Colman, y al oír pronunciar su nombre por este último, se detuvo a escuchar. Jamás lo hiciera, pues hasta sus oídos, muy abiertos a la esperanza, llegaron estas palabras:

—¡Que aproveche! No besaría yo a una mujer así ni por mil dólares.

La fea recibió como una puñalada en mitad del corazón. Todas sus ilusiones se derrumbaban. Y lentamente, llorando su alma, desapareció de la sala, sin ser vista, mientras Colman reía sin tasa de la cara que le ponía Sloden...

Como el viaje a Wáshington era indispensable, Sloden hubo de resignarse a partir con Rut.

Llegados a la gran ciudad, se hospedaron en uno de los mejores hoteles, donde la fea era objeto de la curiosidad de la gente como cosa rara. No había para menos, pues Rut tenía toda la apariencia ridícula — y perdónesenos la crudeza — de algunos de esos ingleses que nos hacen el honor de visitarnos como si fueran a explorar tierras robinsonianas.

Leyendo un periódico, la buena muchacha se detuvo en una sección femenina, y se impuso de lo siguiente:

**PARA SER FELIZ**  
Por Fayatrice Beefax

*Pregunta:*

*Estimada señorita Beefax:*

*Los hombres me importunan con sus galanteos. ¿Qué debo hacer para que me dejen tranquila? — Mecanógrafa.*

*Respuesta:*

*Use usted medias de algodón y trajes bastante largos.*



Rut miróse de arriba a abajo y consideróse de acuerdo con los consejos de la filósofa, pues estaba convencida de que si los hombres la miraban era porque descubrían en ella infinidad de encantos.

Sloden pasó por cerca de Rut en aquellos momentos. Siempre dispuesta a ser útil, la empleada se le puso delante.

—¿Puedo servirle a usted en algo, señor Sloden?

Este, que conversaba con un cliente, creyó por un momento que era Merceditas la que le hablaba, pero al mirar a Rut, por poco se desmaya; y repuso:

—Sí, es decir, no, no la necesitaré por ahora; puede usted distraerse conociendo la ciudad.

La contestación fué un tanto seca. Rut no dejó de comprender que Sloden no la quería a su lado. Pero era tan buena, que no se daba nunca por ofendida, y sabía esperar...

De pronto, como surgiendo de un jardín encantador, una mujer, ni joven, ni vieja, pero con apariencia de hermosa—y la hermosura oculta los años—, apareció ante Rut. Varios caballeros le rendían homenaje de admiración. Uno de los que la contemplaban desde lejos, lamentándose de no conocerla para tener el placer de besar su mano, dijo a otro:

—¡Eso es lo que yo llamo una mujer bonita!

A la aludida cayósele el bolso al suelo, y como abejas al panal, acudieron varios jóvenes,

disputándose el favor de una sonrisa de la bella al devolverle aquél.

Rut contemplaba todo eso con cierta sorpresa. Envidia, no, porque no la había sentido nunca. ¡Su carácter era tan exquisito!



*... una mujer, ni joven, ni vieja, pero con apariencia de hermosa, apareció ante Rut.*

La hermosa reinaba allí como una diosa y cuando unas amigas se le reunieron y hablaron separadas de los caballeros, Rut oyó el siguiente comentario:

—¡Qué bien ha quedado usted, hija mía! La verdad es que en ese "Taller de Belleza" hacen milagros.

Al decir eso, la que hablaba señalaba una puerta y un rótulo. Ese taller se hallaba instalado en el mismo gran hotel.

Rut pensó:

—Yo también podría verme así si quisiera...

Y pensando en Colman, para cuyo amor estaría dispuesta a probarlo todo, añadió:

—Dijo que no me besaría ni por mil dólares... ¿Y si yo probase? Esa mujer es, a juzgar por las exclamaciones de sus amigas, de edad madurita. Yo soy joven, mucho más joven de lo que muchos deben creerse, porque se fijan en mis vestidos modestos y en mis gafas. Apenas he cumplido los veinticinco. ¡Oh, sí, voy a probar!

Sin esperar a más, para no retractarse, entró en el "Taller de Belleza".

—Quiero que me hagan el tratamiento completo — dijo a la encargada.

El pulimento, no la metamorfosis—porque esta palabra sólo debe aplicarse a las viejas que se olvidan del respeto a sus canas—, empezó activamente, y a poco Rut, después de haber sido su rostro y todo su cuerpo pringados de toda clase de pomadas y bañados en aguas olorosas y al vapor, no era la misma. Sus líneas aristocráticas y llenas de juventud, al ser sabiamente "aprovechadas" por la profesora del taller, aparecían triunfantes; y su cara, antes basta, era fina y blanca como el nardo. ¿Y qué decir de su peinado? El incomprensible de antes había

dejado paso al último grito de la moda, y la más pronunciada *garçonne* la favorecía de manera asombrosa, poco común, pues sabido es que precisa un rostro adecuado para peinarse al estilo de los hombres.

Ahora no faltaba más que cuidar de la ropa, lo mismo íntima que exterior. Allí mismo pusieron a disposición de Rut cuanto necesitaba, empezando por lo mejor, pues la directora, a pesar del aire sencillo de la nueva cliente, no se dejaba llevar por las apariencias, pues a lo mejor, pensaba ella, la desconocida resultaba ser una millonaria venida de lejos y deseosa de emplear su dinero en gozar de la vida.

En honor de la verdad hemos de decir que Rut, pulida, estaba sencillamente maravillosa. La operación costaba — la operación de masaje, nada más — trescientos setenta dólares. En otras circunstancias Rut se hubiese horrorizado, pero como estaba decidida a gastar lo que fuese, dentro de sus posibilidades, para probar de codearse con las más hermosas, fingió encontrar el precio barato.

Estimulada por eso, la directora del taller mostró a Rut lujosísimas *toilettes*, que la muchacha, por curiosidad, se vistió, haciéndolo como la mejor señora.

La directora, al verla tan elegante, le dijo, sinceramente:

—Con este vestido está usted por demás

irresistible. Le auguro a usted innumerables conquistas.

Las etiquetas colgaban de los forros de las ricas prendas; y como sus cifras eran otras tan-



—Con este vestido está usted por demás irresistible.

tas quimeras para Rut, ésta, disimulando su turbación, iba diciendo, a medida que se probaba aquéllas:

—No es caro... no es caro...

—Crea usted que la tratamos como a cliente antigua... para que nos recomiende usted a sus amigas... ¿Desea usted quedarse con todos los vestidos?

Sin desconcertarse, Rut repuso:

—De momento no puedo decir nada. Lo pensaré.

Pero la directora se hizo cargo de que la su-puesta millonaria no era más que una soñadora, y arrinconando las caras ropas, añadió, para vender una cosa u otra:

—Tenemos otros trajes que le gustarán. ¿Quiere verlos? Son mucho más baratos.

—Sí, enséñeme algo propio para diario y que no sea muy caro. Es, por ahora, lo que me hace más falta.

—En seguida.

#### IV

Un poco después, Rut salía del "Taller de Belleza" completamente pulida. Había entrado en él un brillante en bruto, y había sido tan bien tallado, que muy difícil, por no decir imposible, se hacía el reconocerlo.

Antes, cuando alguien, involuntariamente, se tropezaba con ella, con una frase vulgar de disculpa, y a veces sin eso, se la quitaban de delante.

Ahora las cosas habían cambiado. Empezando por los pies, muy monísimamente calzados, y las piernas, suaves y carnosas, palpitantes bajo me-

días de primera calidad, que se le adaptaban sin la menor arruga, hasta el amplio sombrero, bajo cuya sombra sonreía el rostro, Rut era una preciosidad, y como las preciosidades son el flaco de los hombres, a su paso se apartaba hasta el más orgulloso.

Rut sentóse en un sillón, en la sala de visitas del hotel, y Sloden pasó junto a ella, sin reconocerla, pero mirándola mucho.

Extrañada de no haber sido reconocida, Rut llamó, con un gesto con el brazo, a su jefe, pero éste siguió adelante, sin enterarse de nada. Sin embargo, retrocedió casi seguidamente, y volvió a mirar.

—¡Qué bonita es esta muchacha! — se decía el conquistador.

Y ocurrió que Sloden, mascando puro tras puro, según su costumbre, pasó varias veces por delante de Rut, mirándola cada vez con mayor insistencia, como esperando leer en sus ojos que aceptaba su compañía...

Al fin Sloden sentóse al lado de Rut, y sus miradas iban en aumento, desde los bajos hasta los altos, perdiendo la cabeza parándose en aquéllos y el equilibrio al subir a las alturas...

El triunfo de Rut era definitivo. Pero era preciso darse a conocer, pues tal vez de dejar que Sloden continuase el asedio, su pasividad fuese torpemente interpretada al descubrirse de *motu proprio*.

¿Qué hacer para que su jefe la reconociera?

Ideó un plan. Dejó caer su bolso, y presuroso, Sloden se agachó y se lo devolvió, muy risueño.

—Gracias, señor Sloden—dijo Rut.

El aludido, extrañado de que aquella mujer hubiese pronunciado su nombre, pensó en su



Al fin Sloden sentóse al lado de Rut, y sus miradas iban en aumento...

esposa y en la posibilidad de que fuese una amiga de ella la que se había divertido poniéndose en su camino.

Rut, mirándole afablemente, dejábase contemplar, pero así y todo, Sloden no la recordaba... o muy vagamente tan sólo...

—¿No me había conocido? — añadió Rut, acercando más su rostro.

Sloden no dudó más ¡Cáspita! ¡Estaba delante de la feísima Rut!

—¿Cómo no, señorita Lawrence?—respondió venciendo su asombro.

—Me cambié el vestido para ponerme más a tono con el ambiente.

—Ha hecho usted muy bien. Es usted una excelente secretaria. La felicito, señorita, y le agradezco su buena voluntad.

—Pensé que si usted tenía que presentarme a alguien, debía retocar un poco mi persona. Como una sólo piensa en trabajar, cuando no se mueve de la oficina, no tiene tiempo de nada...

—Claro... claro...

—¿No me necesitará usted en toda la tarde, señor Sloden?

—Sí... Precisamente estaba pensando en usted hace un momento, porque ese cliente quiere que visitemos sus almacenes, y tomaremos algunas notas. Usted me acompañará. ¿Vamos?

—Estoy a su disposición.

—Vamos, pues.

Orgullosa de su linda secretaria, Sloden le ofreció el brazo y atravesó con ella los salones del gran hotel como pareja de enamorados, levantando envidias y elogios la simpatía sin par de Rut.

Como trabajar, Rut trabajó poco, pues su

jefe prefirió exhibirse con ella en todas partes.

Y así durante dos días. Al tercero, a las nueve y media, Rut, que había regresado ya de Washington con su director, presentábase en la oficina con su nuevo atavío, sencillo pero elegante.

El meritorio, el empleado y las dos taquimecas, pues la tercera continuaba enferma y Mercedes no estaba, como se sabe, en la casa, creyeron estar soñando al ver a la fea tan hermosa.

Llovieron los comentarios y las maliciosas preguntas.

—¡Caracoles!—exclamó el empleado. Y acercándosele, la ayudó a quitarse la capa y le dijo: —Hace media hora que el señor Sloden no cesa de llamar a usted cada cinco minutos.

—¿De veras? — replicó Rut sonriente, desbordando su corazón de felicidad.

—¡Cualquiera la conoce a usted! — fué a decirle una de las envidiosas amigas.

—Sí, estoy un poco cambiada. ¿Les gusto?

—No se puede negar que le aprovechó el viajecito a Washington.

—Me aprovechó, no lo niego.

—Ya se ve...

—Si el viaje hubiese sido un poquito más lejos, lo menos que saca de él es un abrigo de pieles.

—Se equivoca, amiguita. Yo no puedo permitirle el lujo de llevar encima más de lo que

mi mano puede pagar. Si hay doble sentido en sus palabras, le aseguro que pierde usted el tiempo. A Washington pueden ir todas las feas y las hermosas, sin peligro de no regresar como se fueron, si así es su gusto. Yo celebro haber



—No se puede negar que le aprovechó el viaje a Washington.

ido a esa ciudad, porque allí supe que no es a la bondad a la que los hombres rinden pleitesía, sino al oropel, y he querido hacer la prueba conmigo. Mi dinero me cuesta, pero una lección, cuando llega a tiempo, es siempre barata, cueste lo que cueste.

—¿Qué es lo que se propone usted?

—Nada y todo. Una de las cosas que deseo

es que en el ascensor se me ofrezca sitio como a ustedes, por ejemplo, que no porque sean casi enemigas mías dejan de ser ustedes agradables...

—Se agradece, señorita... Pero nosotras no hemos sido nunca enemigas tuyas...

—Sí lo han sido; pero no me importa, si en adelante hemos de ser buenas amigas.

Decididamente, Rut acababa de vencer a sus compañeras, afiliándolas a su simpatía. ¿Qué sucedería con Colman? ¡Ah! ¡A ese sí que quisiera rendirle, para vengarse, como se venga una mujer que ama, cumplidamente!

Sloden recibió a Rut con muestras de alegría. Hombre serio dentro de su afición por las faldas, sabía diferenciar a una Mercedesitas de una Rut, y si con aquélla lo que buscaba era echar canas al aire, con ésta se portaba como un caballero, complaciéndole en extremo, únicamente, tenerla a su lado, por lo agradable que era en todos sus actos. Con una secretaria así, el despacho se perfumaba y las ideas, en lugar de entenebrecerse, salían claras del cerebro del director.

Colman entró a saludar a su socio cuando Rut tomaba al dictado algunas cartas.

El soltero no la reconoció, y viendo una cara nueva, es decir, cara, no, porque no la vió de frente, sino un tipo desconocido, preguntó a Sloden quién era.

—Puede usted retirarse, señorita — dijo Sloden a Rut.

Esta levantóse de su silla, y al ir a marcharse vió frente a sí al gerente y le saludó con gentileza.

—Buenos días, señor Colman.

—¿Cómo? ¡Ah!... Buenos días, señorita... buenos días...

Rut salió, cerrando sin prisa la puerta, complaciéndose en ver sorprendido a Colman.

Sloden mascaba tranquilamente un puro.

—Pero ¿esa es la señorita Lawrence? — preguntó aquél a éste.

—La misma. ¿No la había usted reconocido?

—A fe mía que no. ¿Qué significa ese cambio?

—Es mi especialidad, hijo mío.

—¡Caramba! No parece la misma ¿Cómo adivinó usted que era tan hermosa?

—Hay que tener pupila, amigo mío. Vaya, vaya... No demos al hecho más importancia de la que tiene... Siempre que yo pueda servirle en algo... ya sabe que no tiene más que decírmelo. ¿Qué le parece a usted la reclamación de Anderson?

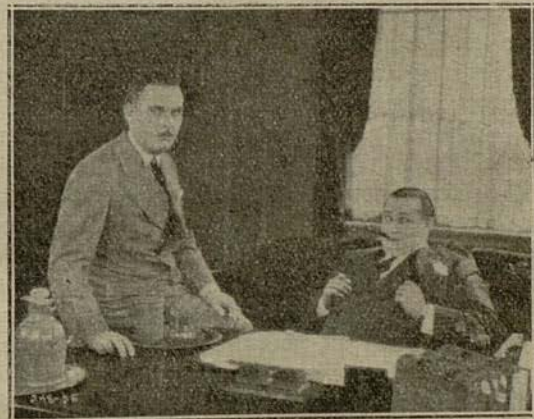
—¡Un verdadero encanto!

—¿Eh? ¡Pero, Colman, si estamos hablando de negocios...! Deje usted en paz a la señorita Lawrence.

Rut seguía venciendo, pero su victoria más preciada era la que obtenía sobre Colman, que no había cesado de pensar en ella y de procurar

verla desde que la encontró en el despacho de su socio.

A eso de las cinco de la tarde, Colman había llegado a convencerse, primero, de que él estaba ciego; segundo, de que Rut, tal como la veía



—¡Caramba! No parece la misma. ¿Cómo adivinó usted que era tan hermosa?

ahora, era la mujer soñada, el ideal, la única que él amaría de verdad.

Como necesitaba tenerla a su lado, la mandó llamar para dictarle cartas.

El trabajo fué breve, porque, ¡qué cosas tiene el amor!, Colman temía abusar de la buena voluntad de la secretaria.

—Espero que no la harán trabajar a usted demasiado — le dijo.

—No, señor, no me hacen trabajar demasiado.

—Si encuentra usted alguna dificultad en la oficina, no deje de avisármela.

—Muy bien, señor Colman.

Rut iba retirándose. En la puerta, Colman, que sentía como si ella se llevase algo suyo que no podía separarse de él, empezó a revelar abiertamente su interés hacia ella.

—¿Quiere usted que la lleve a casa en mi coche?

La oferta agradaba a Rut, pero como se había propuesto hacer sufrir a Colman un poco, aunque no tanto como él la hizo sufrir a ella, rehusó:

—Agradezco su fineza, que no puedo aceptar. He prometido a mi amiga, que trabaja en el despacho de arriba, irme con ella.

—Me permito invitar a las dos.

—Siendo así...

## V

El encargado del ascensor, deslumbrado, como todos, por el cambio que se había operado en Rut, varió de conducta con ella, tratándola como a una princesa. ¡Qué injustos somos los hombres!

Rut y su amiga fueron de las últimas en salir a la calle, para que — eso era idea de Rut — Colman se impacientase.

Una y otra subieron al *auto*, sentándose la amiga al lado de Colman.

Al llegar frente a la casa donde vivía Rut, el coche se detuvo y ésta se apeó, pero la amiga no.

—Yo no vivo aquí.

—Vuelvo en seguida — dijo Colman, yendo a despedirse de Rut, que había llegado ya a la puerta de la calle de su casa.

—No se moleste usted, señor Colman. Ya abriré yo.

—Hasta mañana, señorita Lawrence. Tan pronto llegue, haga el favor de abrir la correspondencia que haya encima de mi mesa, y luego la contestaremos juntos.

—No se me olvidará.

—Hasta mañana...

La amiga de Rut esperaba en el coche. Colman le dirigió una mirada poco agradable. Menos mal si no vivía muy lejos; pero resultó que la niña, aleccionada sin duda por Rut, se hizo conducir a la calle doscientos cuarenta y dos, algo así como al Polo.

Pasaron los días, sucediéndose los episodios sentimentales de la historia de Rut y Colman, que estaba chiflado por ella.

El caso del soltero era de los que conducen a un mortal al matrimonio; y eso que hacía apenas un mes que Colman afirmaba, y lo afirmaba sin bromear, que no besaría a Rut ni por mil dólares...



Una tarde, Colman dijo a su socio, con el que estaba Rut:

—¿Podría usted prescindir de la señorita Lawrence por esta tarde? Tengo que dictar varios contratos muy importantes.

Sloden había visto algo de lo que había entre Colman y Rut, y sin saber a punto fijo si obraba bien o mal, o egoístamente tan sólo, contestó:

—Lo siento muchísimo, pero la señorita Lawrence tiene que terminar un trabajo muy urgente.

La negativa de su socio puso a Colman de un humor de todos los demonios; y como, aquella tarde más que nunca, no podía resignarse a dejar de tener a su lado, por unos momentos, a Rut, buscó un medio para salirse con su deseo. Pensó en la esposa de Sloden. Sí, su plan le ayudaría. Le telefoneó desde su despacho a su casa.

—Señora de Sloden, ¿le sería a usted molesto pasar por aquí? Quiero enseñarle un regalo que he comprado para mi hermanita.

—¿Para su hermanita? ¡Ah, sí! Pasado mañana celebra su onomástico, ¿verdad?

—Eso es.

—Pues iré a las cuatro.

—¿A las cuatro, dice usted?

—Seré puntual.

—Muchas gracias, y hasta ahora.

Faltaban escasos minutos para las cuatro Col-

man fué a avisar a la telefonista, que estaba en la puerta de la casa.

—Cuando llegue la señora de Sloden, dígame que estoy en el despacho de su marido.

Luego Colman esperó a que dieran las cuatro, y, puesto en acecho, al oír a la telefonista indicar a Eduvigis que él estaba en el despacho de su marido, abrió ligeramente la puerta del fondo del mismo, para sorprender, oculto detrás, la escena que iba a desarrollarse cuando aquélla entrase por la puerta principal y viese a la bella Rut con Sloden.

La casualidad quiso que Rut estuviese de pie junto al director, recibiendo instrucciones, y como la celosa esposa vió a los dos de perfil, creyó ver que estaban demasiado juntos.

La "fiera" tosió ligeramente, y Sloden, levantando prestamente la cabeza, se turbó, no porque fuera culpable de algo, sino porque temía alguna necedad de los celos de su costilla.

Rut, por su parte, sonreía a la esposa, pero ésta, no reconociéndola, la encontraba demasiado bonita para estar junto a su marido.

—Tú recordarás a la señorita Lawrence, la secretaria que llevé en mi último viaje a Wáshington.

—Sí... la recuerdo perfectamente... ahora que tú me la has presentado... pero creo recordar que no era la misma hace un mes...

—Ella te explicará, si quieres... ¿verdad, señorita Lawrence?

Rut se prestó a calmar a la celosa, y Sloden, aprovechando la ocasión, empujó la puerta del fondo, sorprendiendo detrás de la misma a Colman, que fingió estar allí por casualidad, ras-



—Ella te explicará, si quieres... ¿verdad, señorita Lawrence?

cándose la espalda contra uno de los lados del marco.

¿A qué habrá venido hoy mi mujer?— preguntábase Sloden, malhumorado.

—¿Qué sucede, amigo mío?

—Mi mujer está ahí, y como la señorita Lawrence tiene un aspecto agradable... Ya me com-

prende usted. Es casi seguro que se van a pegar por mí.

—Su esposa tiene el grave defecto de ser excesivamente celosa, lo reconozco...

—Ya puedo ir buscando otra secretaria, porque lo que es esa...

Sloden se paseaba nerviosamente, y a su lado, ocultando su gana de reírse, iba Colman, tratando de calmarle.

—¡Ahora verá usted! — dijo Sloden, a fe-  
rándose a una mentira.

—¿Qué se le ha ocurrido a usted?

—Diremos que ella es su secretaria.

—Hombre... si usted cree que con eso se arregla todo...

—Estoy seguro que mi mujer no dirá nada si sabe que usted es quien manda en la señorita Lawrence...

—Está bien... Acepto... Siempre que yo pueda servirle en algo... ya sabe que no tiene más que decírmelo.

—Gracias... Lo sé... Me consta... Haga el favor de entrar conmigo.

Colman siguió a Sloden, pero apenas en el despacho de éste, los dos quedaron asombrados al ver a Rut y Eduvigis platicando como buenas amigas. La joven había contado a la madurita cómo fué su tan notable cambio, y se interesaba mucho por sus teorías acerca de la influencia de la belleza física de la mujer en el

hombre, ignorando que Rut tratase de aprisionar para toda la vida a Colman.

En vista del afecto que reinaba entre las dos



—Ya puedo ir buscando otra secretaria, porque lo que es esa...

mujeres, Sloden se olvidó de que Rut era la secretaria de Colman, dispuesto a conservarla indefinidamente.

Marchóse Rut cuando Sloden se reunió con su mujer, y para colmo de desconcierto de Col-

man, Eduvigis le preguntó, al disponerse a dejar trabajar a su marido:

—¿Dónde está el regalo para su hermana que dijo usted que quería enseñarme?

—Es verdad... No se lo puedo enseñar... Se trata de una cajita muy artística para las joyas... Algo de buen gusto... Pero no me la han traído todavía... Ya la verá, sí... ya la verá... Ya se la mandaré, ¿quiere usted?

—Como guste. Adiós, Jaime...

Sloden no era ni ciego ni sordo. La estratagemata de Colman había sido descubierta. ¡Ah, el muy pícaro! ¡El muy farsante!

—De modo que, amiguito, mi mujer vino aquí porque usted tenía que enseñarle un regalito, ¿no es eso?

—Fué casualmente...

—Me lo figuro... No se le olvide a usted que, muchas veces, el cazador es cazado... Rut no es Merceditas, y mi mujer ha simpatizado con ella... Me comprende usted, ¿verdad?

—No sé a qué viene eso...

—Siempre que yo pueda servirle en algo... ya sabe que no tiene más que decírmelo.

—Con su permiso... Tengo mucho trabajo...

## VI

Colman no se resignaba a seguir callando su pasión por Rut, pero no podía hablar cuando la tenía delante de sí.

Sloden los sorprendió una de las veces que

Colman dictaba cartas a la encantadora secretaria, a él, adorándola con los ojos, y a ella, esperando el dictado, sin darse por aludida...

—¿Qué le sucede a usted, Colman? ¿Va a exhalar el último suspiro esta tarde? Avísenos, porque la señorita Lawrence y yo nos marcharíamos...

Colman salió bruscamente de su ensimismamiento, y disculpóse como pudo.

—Estaba pensando en mi familia... un enfermo... Estoy un poco cansado... Podemos continuar, señorita...

Sloden, que cada día sabía más respecto a la pareja de enamorados, levantó el vuelo, y terminada la carta que estaba dictando, Colman dijo a Rut, al ir ésta a reintegrarse a su máquina:

—¿Sabe usted dónde está el contrato de Miller?

—Lo tiene usted en su mesa, señor... Lo acaba de leer ahora mismo...

—Es verdad... Estaba distraído... Pero... ¿quiere usted acompañarme a comer?

—No, señor; gracias.

—Lo lamento.

Rut, que no quería darse aún por vencida, iba a desaparecer, y Colman, decidido a todo por tenerla a su lado, y ansiando estrecharla entre sus brazos, se fingió repentinamente enfermo.

—Señorita... señorita...

—¿Qué tiene usted, señor Colman?

—No es nada... no es nada... Un ligero des-

vanecimiento... ¡Oh!... Es usted muy amable... Fróteme así las sienes... No sabe usted cuánto le agradezco su bondad...

—¿Se siente usted mejor?



—¿Sabe usted dónde está el contrato de Miller?

—Sí... sí... mucho mejor... Pero no puedo levantarme... No puedo... Es raro...

—¿Quiere usted que avise...?

—No... no es preciso... Mi socio se ha marchado... Pero como no me parece prudente irme a casa en mi automóvil, pues podría darme otro síncope por el camino, ¿tiene usted inconvenien-

te en acompañarme hasta un automóvil de alquiler?

—Ninguno, señor Colman... Hemos de ayudarnos mutuamente y, aunque mujer, tengo fuerzas para no desampararle...

—Es usted un ángel...

El comediante se aprovechó, apoyándose con toda comodidad en Rut, "enfermando" de felicidad a su lado.

Ya en el taxi, Colman fingióse más enfermo todavía y Rut no se separó de él hasta su casa, bendiciéndose Colman a sí mismo por la idea que le permitía embriagarse con el perfume y la ternura de su amada.

—Si yo me muriese, ¿asistiría usted a mi entierro? — preguntóle por el camino.

—Qué ocurrencia, señor Colman...

—Este coche corre demasiado, ¿no le parece?

—Lo normal...

—Yo creo que no... Será que no estoy bien... Oiga, *chauffeur*, no tenemos prisa... Vaya despacito...

Rut ahogó una carcajada en su tentadora garganta. Al principio creyó en la súbita indisposición de Colman, pero ahora veía claramente que era un ardid para retenerla consigo. La cosa iba, pues, viento en popa. El final se acercaba a pasos agigantados.

Al día siguiente, Colman, fingiéndose más enfermo que la víspera y en manos del médico, avisó a Sloden que no acudiría a la oficina y

mandó llamar a Rut para que fuera a su casa, pues tenía que dictarle unas cartas que trataban de asuntos de su incumbencia personal.

—¿Qué le parece a usted que deba hacerse respecto al asunto de Marshall?—preguntó Sloden por teléfono, pues era un asunto que requería inmediata solución.

—Cuando llegue la señorita Lawrence le dictaré un memorándum acerca del mismo—repuso Colman. Y como Rut acababa de presentarse en el salón desde el cual telefoneaba, añadió, colgando inmediatamente después el aparato—: Ya está aquí.

Pronunció Colman estas últimas palabras con tanto fuego, que Sloden, dándole en la nariz que su socio le estaba tomando el pelo, sonrió paternalmente, deseando que lo que suponía fuera una realidad...

Rut se instaló junto a Colman, que volvió a fingirse enfermo. Antes de dictar, el comediante se puso sentimental.

—Es muy triste sentirse uno enfermo y que no tenga quien le cuide, ¿no le parece?

—Sí, señor.

—Ojalá que a usted no le toque nunca verse sola y tan enferma como yo estoy ahora.

—Sí, señor, ojalá.

Rut contestaba secamente, y finalmente bostezó, evidenciando de este modo el aburrimiento que le causaban las exclamaciones de Colman,

cuya inspiración se cortó con el bostezo inesperado.

—Cuando usted quiera, señor Colman—dijo Rut, disponiéndose a trazar signos en el cuaderno.

—Espere... He de tomar la medicina... Una cucharada de esa botella...

—¿Quiere usted que se la dé yo?

—Ese no es trabajo de usted, pero si quiere... A veces curan las manos milagrosas de las mujeres.

—A veces, ha dicho usted, y ha dicho bien... porque no curan siempre... Vamos, tome usted, y a ver si así tiene usted más ánimo para dictar esa carta...

—Sí, sí... Ponga usted, haga el favor... Se trata del asunto del algodón...

—Es un asunto muy blando...

—Según... No sabe usted lo que me pesa a mí ahora... A ver, escriba... *En contestación a su atenta carta del catorce...*

Una pausa. Sugestionado por el candor de Rut, Colman se aproximó a ella y le dijo con vehemencia:

—¡No comprendo cómo haya hombre que pueda verla a usted sin quedar perdidamente enamorado!

Rut escribía sin levantar la vista del cuaderno.

Sloden acababa de llegar a la casa, portador de unas flores...

—¿Está enfermo mi socio? — preguntó al criado.

—Sí, señor.

—¿Muy enfermo?—insistió Sloden, sonriente.

El criado sonrió a su vez, y, con picardía, le indicó el salón.



—¿Quiere usted que se la dé yo?

Sloden asomó su cabeza al citado lugar, y vió a su socio suplicando a Rut, con el ademán, que le mirase, y dictando la siguiente estrofa de declaración de amor:

—Tiene usted los ojos más hermosos que he visto en mi vida.

En vista de que la enfermedad adquiriría tonos

tan serios, Sloden hizo mutis, para esperar a que los actores decidieran el final de la comedia.

Rut, impasible, se negaba a darse por enterada, y en un impulso de impaciencia, Colman la obligó a mirarle.

—¿Quiere usted hacer el favor de soltar ese lápiz y escucharme?

—Pero, señor Colman, ¿no me mandó usted llamar para que escribiera lo que usted me dictase?

—La mandé llamar porque... porque... ¿No ve usted que me está matando?

—Señor Colman, ni el lugar ni la ocasión me parecen propios para que usted me hable de ese modo. Me marchó.

Aparentemente enojada, Rut inició la partida en el acto.

—¡Por favor, tenga usted compasión de mí! —suplicó Colman, siguiéndola hasta la puerta del salón—. Dígame dónde puedo ir a hablarle.

Volviéndose bruscamente a él, Rut respondió:

—Si lo dice usted en serio, venga a mi casa esta noche, a las ocho y media.

—¿De veras? ¿De veras?

Pero la puerta se había cerrado ya sobre Rut.

Colman saltaba de gozo, y en tan divertida operación fué sorprendido por su socio, interrumpiéndose en seco, para enfermar de nuevo.

—¡Hola, Colman! ¿Cómo van esos ánimos?

—Mal, amigo Sloden, mal...

—Enséñeme la lengua.

—Si es capricho...

—¡Uf! Mal... muy mal... Veamos ahora los ojos.



—¡Por favor, tenga usted compasión de mí!

—Mal, muy mal también...

—“Tiene usted los ojos más hermosos que he visto en mi vida.”

—¿Cómo?... Pero...

—Le he traído estas flores, por si le hacían falta...

—¡¡.....!!

## VII

Rut, en su casita, trabajaba en la confección de una blusita adornada de encaje.

Cuando estaba lista, llamaron a la puerta de su piso.

—Adelante.

Era el portero.

—¿Qué se le ofrece a usted, señorita Rut?

—¿Quiere usted ayudarme a dar una broma, Guillermo?

—Si no es más que una broma...

—Muy bien; usted será mi esposo...

—¿Yo su esposo? No puede ser... Me casé una vez y quedé escarmentado.

—Es sólo una broma, Guillermo, y le daré a usted diez dólares.

—Eso es otro cantar. Por diez dólares acepto yo a pasar por el Presidente de la República. ¿Y qué he de hacer?

—Muy sencillo. ¿Ve usted? Usted entrará, cuando llegue el momento que le indicaré, por esa puerta, y, dirigiéndose a quien encuentre usted aquí conmigo, le dirá: "¿Cómo se atreve usted a besar a mi mujer?".

Guillermo se echó a reír.

—¡Qué cosas se le ocurren a usted! No podré decir eso sin que se me escape la risa.

—No olvide usted que son diez dólares.

—Bueno... Explíqueme otra vez qué es lo que debo hacer, señorita.

Una, dos y cuatro veces más repitió Rut la escena, para que Guillermo se diese por enterado.

Llegó la hora de la cita con Colman. Rut lucía un sencillo y primoroso vestido confeccionado por sus hábiles manos.

Colman trajo consigo muchas flores.

—Deben ser preciosas—dijo Rut, al recibir las cajas perfumadas. Abrió una de ellas y aspiró con deleite las flores.

—Pero sentirán envidia de usted, Rut.

—¡Ay, señor Colman!

—Trátame con más confianza, Rut. Llámame David.

Colman le había ceñido el talle, y, de súbito, vió que Rut le ofrecía sin reparo sus labios, que ya redondeaban un beso.

El paraíso acababa de abrirse para el enamorado, y mientras los labios de la pareja se hundían en apasionado beso, Guillermo, endomingado, contemplaba la escena comiendo plátanos y riéndose.

El beso duraba demasiado y Guillermo no se decidía a cortarlo con su aparición. Rut hubo de hacerle varias señas para que cumplierse lo prometido.

Guillermo abrió violentamente la puerta, y poniéndose en jarras, como Rut cuando le dió la lección, dijo en tono agresivo:



—¿Cómo se atreve usted a besar a mi mujer?

—¡Mi marido!—exclamó Rut separándose de Colman.



—Trátame con más confianza, Rut. Llámame David.

Este, sin perder su serenidad, a pesar de lo horrible del desengaño, contestó envolviendo a Rut en una mirada indefinible:

—¡El mismo lazo de siempre, y he caído en él como un novato! Debí suponer que ese beso

que tan espontáneamente me ofreció usted, era la señal convenida.

Rut y su "marido" no dijeron una palabra, esperando tan sólo la decisión que tomase Colman.

—Bueno, ¿cuánto me cuesta evitar el escándalo?—dijo el desengañado galán.

—Mil dólares—respondió Rut.

Colman firmó el cheque, se lo entregó a Rut e inició la partida.

Guillermo, por su lado, abriendo desmesuradamente los ojos al ver el cheque de mil dólares en manos de Rut, desapareció hacia el comedor, para seguir hartándose de fruta.

Rut arrepentíase de la broma, temerosa de que Colman la creyese casada.

—Pero, señor Colman, ha sido sólo una...

—Huelgan las explicaciones. Me doy perfecta cuenta de lo que ocurre. Le quedo muy agradecido por este rato.

—No se vaya aún. ¡Dígame! Usted dijo una vez que no me besaría ni aunque le pagaran mil dólares. Y ya vé, me ha besado y ha tenido que pagar los mil dólares.

Un rayo de luz purísima entró triunfante en Colman. ¡Oh, sí! ¡Rut no mentía! ¡Rut había querido vengarse!

—¿De modo que quedamos en paz?

—Sí, quedamos en paz.

—Conque en paz, ¿eh?

—Sí.

—¿Está usted segura de que quedamos en paz?

Rut destrozaba el cheque...

—Si quiere usted cobrar ese cheque, le aconsejo que no lo rompa.

—Y yo le aconsejo a usted que se fije por donde se abre la puerta, si es que quiere salir de aquí.

En efecto, Colman pretendía abrir la puerta por la parte opuesta.

Se miraron uno y otro.

—¡Ay, qué malito me siento!

—¿Sí?

—Y es de mal de amores.

—¡Qué raro! A mí me pasa lo mismo.

—¡Rut de mi vida!

Esta vez sí que el beso que se dieron no había de ser interrumpido; y a pesar de que Guillermo, asomando su cómica cabeza por la puerta del comedor, preguntó:

—¿Qué hay de mis diez dólares?

el beso siguió firme para durar toda la vida.

Sólo se oyó, un momento en que Rut tomaba nuevo aliento:

—¡Ay, David!

Y Guillermo cerró la puerta...

— FIN —